



INFORMACIÓN

El capital y el trabajo (*)

I

LA naturaleza pone á disposición del hombre *materiales* y *fuerzas*; más la *utilidad* de estos materiales y fuerzas no es *completa* hasta que el hombre por medio de un esfuerzo, por medio de un trabajo los explota. Son materiales, por ejemplo, la luz, el agua, el fuego, la tierra, etc.; son fuerzas, la gravitación, la elasticidad,

(*) Ante la lectura del Reglamento interior de la Caja Rural de Ahorros y préstamos. Sección 3.ª del «Círculo Católico de Obreros» de Sineu.

REDACCIÓN
Obispo, 5
Tomo tercero

AÑO
V

ADMINISTRACIÓN
Constitución, 7
Sineu 1 Agosto de 1909

N.º IX
(67)

- BUZÓN -
Palacio, 1
Una peseta: año

la atracción, la compresibilidad, etc. Esforzándose en tomar aquellos materiales y combinar estas fuerzas, es como el hombre trabaja.

Por medio de la máquina de vapor, que supone una combinación de fuerzas, nos apoderamos de la elasticidad del gas; por medio del muelle de un reloj, de la elasticidad del acero; por medio de un salto de agua, de la gravitación; por medio de la pila voltaica, de la rapidez de la chispa eléctrica; por medio de la tierra, de las combinaciones físicas y químicas que se llaman vegetación; y así respectivamente en todos los casos. En la industria racional pura, ¿trabajaríamos para la ciencia sin las facultades naturales, sin un grado mayor ó menor de talento? Lo mismo puede decirse de la artística y demás: la industria en todos sus ramos está *sujeta á unas mismas leyes generales*.

Un trabajo cualquiera considerado aisladamente, solo satisfará una *necesidad inmediata*; pero aquel trabajo unido á otro y éste á otro, puede satisfacer una *necesidad lejana* mejor y más cumplidamente. Si yo trabajo la tierra

con las manos, conseguiré un *algo*; pero si antes trabajo un instrumento para trabajar la tierra, si bien este auxiliar nada me dará inmediatamente, conseguiré por su medio *algo más* de la tierra á que se aplique. De ahí la necesidad de ir *aumentando trabajo para que el trabajo sea más fiel y productivo*. Este trabajo acumulado es, pues, un auxiliar del trabajo mismo, es lo que se llama económicamente *capital*, cuya idea definiremos luego cuando hayamos conseguido precisarla mejor.

Suponiendo que un hombre aislado empezase á trabajar por sí solo, comprenderá desde luego que si al principio la elaboración de un producto le cuesta un esfuerzo como dos, guardando, es decir, *ahorrando una parte de este producto* para hacer otro, la elaboración de éste le costaría un esfuerzo menor de dos; y así sucesivamente iría disminuyendo sus esfuerzos cuanto más hubiere reservado de los esfuerzos anteriores para auxiliar un esfuerzo posterior. Estos esfuerzos así reservados ó ahorrados para servir á otra producción, son otros tantos capitales. Luego *capitalizar esfuerzos es favorecer grandemente la producción*: luego los capitales tienen una fuerza eminentemente productiva. Un hombre ha produ-

cido con el agente auxiliar, tierra, cierta cantidad de trigo: si no consume inmediatamente más que la mitad, antes que se acabe la otra, trabajará un instrumento de labranza: con este capital se ahorrará ya gran parte del trabajo, conseguirá cantidades de trigo más fácilmente, hasta que su facilidad sea mayor cuando tenga más instrumentos y más perfeccionados, cuando posea grandes cantidades de trigo, etc. Por esto vulgarmente se dice que *los instrumentos y provisiones constituyen el capital.*

Infiérese de lo expuesto:

1.º Que el capital es un INSTRUMENTO resultado de algún trabajo para facilitar un trabajo posterior.

2.º Que el capital es un AHORRO de algún producto ya elaborado para servir á la elaboración de otro posterior.

3.º Que el capital es una FUERZA preparada para aumentar los esfuerzos necesarios más adelante.

La idea del capital gira en consecuencia sobre tres ideas componentes: INSTRUMENTO, AHORRO, FUERZA. Formando con estas tres ideas una definición, diremos con el Conde de Rossi que

CAPITAL es una suma de productos que representan FUERZAS AHORRADAS para servir de INSTRUMENTO á una nueva producción.

El capital del hombre de ciencia (industria racional pura) es una suma de trabajos intelectuales (conocimientos adquiridos por observación propia, conocimientos adquiridos en los libros, en las academias, etc.), que ha ido reservando para servir de instrumento á teorías más elevadas, á fin de difundirlas por medio de la prensa, de la enseñanza, de aplicarlas de otro modo cualquiera, etc.

El capital del artista (industria

artística) es la suma de materias en bruto, de observaciones, etc., (talento y conocimientos artísticos, modelos de buenos autores, pedazos de mármol, madera, etc.), que ha ido reservando para servir de instrumento á la formación de sus cuadros, estatuas, edificios, etcétera.

El capital del agricultor (industria agrícola) es la suma de medios de explotación (instrumentos de labranza, bueyes, semillas, etc.), que ha reunido para tener mejores cosechas, mejores ganados, etc.

El capital del fabricante (industria fabril) es la suma de productos agrícolas, máquinas, edificios, saltos de agua, etc., que le servirán de instrumento para hacer mejoras, lienzos, paños, herramientas, alhajas, etc.

El capital mercantil (industria mercantil) es la suma de productos de otras industrias, almacenes, medios de transporte, etc., que servirán para aproximar mejor aquellos productos al que los necesita ó distribuirlo también mejor entre los consumidores.

La moneda como intermediario ordinario del cambio, puede representar todos los capitales: pueden con ella adquirirse libros, mármoles, ganados, máquinas, almacenes, etc.; por esto vulgarmente se confunde la moneda con el capital, como se confunde con el precio.

La calidad que lleva al hombre á concebir la idea del capital es la previsión. Para determinarse á formar un capital es preciso preveer el porvenir, sacrificarle muchas veces el presente, ejercer un noble imperio sobre sí mismo y resistir, no solo al cebo de los goces actuales, sino también á los caprichos de la necesidad y del orgullo.

D. E. N.

(Continuará).

Una promesa al borde de un sepulcro

(CONTINUACIÓN)

III

Como paloma incauta, Aurora no hacía el menor caso de ponerse junto al borde de inmundo lodazal; y enorgullecida por las alabanzas que le prodigaban, desafiaba locamente todos los peligros originándose con esto frecuentes altercados con su solícita hermana mayor.

—¿Y te crees, Aurora, que haciendo lo que haces llegarás á la cumbre de la felicidad? ¿Te parece la encontrarás yendo por esa por do caminas? Ninguno ha habido que, en medio de la vertiginosa corriente en que te hallas tu envuelta, haya disfrutado perfecta paz. Considera pues, niña inexperta, que erróneas son tus ideas. Corriendo tras efímeras vanidades, obtienes ruidosos aplausos, asistiendo á bailes y reuniones, frecuentando paseos, eres lisonjeada, adulada y por todas partes aclamada. ¿Crees, no obstante tú, que eso durará? La hermosura es flor de un día que el viento seca y la nieve marchita y ¡ay! de aquella que por cuidar ésta, descuida otra de más valor. ¿Sabes lo que es la hermosura sin virtud? Flor sin perfume solo apta para adorno de un salón.

—¿Aún no acabas? dijo Aurora, contrariada.

—¡Te molestan mis verdades!

—No tus verdades. Tus necesidades.

—Llámalo como quieras Aurora, pero esa es mi obligación y la cumpliré.

—¿Qué clases de obligaciones son esas, para que vengas continuamente á molestarte, dándome consejos que ni deseo ni pido? ¿Acaso cometí algún crimen?

—¿Quién de él te culpa hermana mía?

—¿Qué es lo que quieres? pues. No te gusta, dijo, cambiando de tono ¿el sobre nombre que me han puesto? ¡No ves como por todas partes me ensalzan hasta las nubes? Mira como soy codiciada por infinidad de adoradores que por mí cometen barbaridades.

—Pero ¿qué es eso Aurora querida? ¿Y en eso te gozas? Quiera Dios, hermana mía, que no tengas mucho que lamentar, y que los negros presentimientos de mi corazón no sean más que pueriles temores.

—Déjate de esas tonterías, ya lo verás, nada malo me sucederá. Soy jóven y debo gozar de los encantos que el mundo me ofrece.

—¿Y gozarías menos si no lo siguieras tanto? Te hallas en la primera de tu vida y crees te bastan las flores que ella dá; pero pasa esa edad florida, y los frutos son malos si la semilla sembrada no fué buena.

—¿A dónde irás á parar con esas teorías? Así lo quiero y así lo haré, y basta; dijo con tono desabrido.

—Siento que con tanta frecuencia promovamos esos altercados y que al fin te hagan entrar en razón las amarguras que experimentarás...

IV

El jóven duque de Miramar era á propósito para ganar desde luego el corazón de la bella Aurora.

Moreno, bizarro, enérgico, su figura no podía ser más simpática. Con su trato franco y sencillo, con sus maneras corteses y distinguidas y su caracter afable y valiente, se conquistaba las simpatías de todos y atraía hacia sí todas las miradas, cuanto más las de la inquieta Aurora, siempre muy fuera de sí.

Aurora pronto se distinguió entre sus adoradores, y aquella que no tenía otra cosa que una sonrisa de desprecio á los homenajes que le tributaban, acogía con complacencia las galanterías del duque Rosendo.

De tal manera logró insinuarse en el corazón de la bella Aurora que le conquistó por completo.

Su figura la encantaba, sus modales finos la atraían, su mirada llena de fuego y pasión la fascinaban y sus títulos y riquezas hablaban muy alto á su vanidad y altivez.

V

La noche estaba hermosa, ni el más ligero cendal flotaba en la celeste bóveda del firmamento, que aparecía salpicado por infinidad de resplandecientes astros, la luna brillando con toda su magnitud cubría á la tierra de una dulce melancolía.

Todo dormía en la ciudad: de vez en cuando se oían los acompasados pasos del sereno, perdiéndose á lo lejos, volviendo á reinar el mismo silencio y tranquilidad.

Dió la una en el reloj de la catedral y el joven duque de Miramar se dirigió al jardín del marqués de Anjou.

Al poco rato de estar allí, apareció en él Aurora graciosa y bella como una ninfa, elegante y hechicera como una hada.

—Que hermosa está la noche ¡Aurora querida! y que feliz es mi existencia desde que te conocí. Tú eres la clara aurora que con la luz que irradian tus lindos ojos, has disipado las densas tinieblas que oscurecían mi alma, antes triste y sombría y ahora alegre y dichosa. Por el más feliz de los mortales me tendría si viviera con la seguridad de tu amor.

—¿Qué es lo que dices Rosendo? ¿Has podido ni un solo momento dudar de él? ¿No sabes que desde que ni que me amabas te entregué por completo mi voluntad y corazón?

—Bien es verdad, querida Aurora. Pero tengo unos presentimientos que despedazan mi alma.

—¿Presentimientos, Rosendo!

—No sé. El corazón me dice que no tendremos la dicha incomparable de llegar á unirnos... ¿Me prometes que mía ó de nadie serás?

—Lo prometo.

—¿No me engañan mis sentidos? ¿Será verdad lo que oigo? ¿Puedo atreverme á más: á esperar tu juramento?

—Te lo juro.

—¡Cielo santo! ¡Cuánta es mi dicha!... Y así diciendo sacó una preciosa cruz de brillantes y la presentó á Aurora. Aurora —le dijo— mira la luna que pone atento oído á lo que vamos á decir; ella hará la escritura y los astros serán los testigos que la suscribirán.

Como es ese Dios eterno, ¿juras que tu amor hacia mi eterno será, que me serás siempre fiel, que de mí ó de nadie?...

—Ante esa cruz que beso humildemente, te juro amor eterno, constancia y fidelidad á toda prueba y siempre perdurables. Rosendo, tuya ó de nadie.

—Como recuerdo mío y testimonio de este juramento solemnemente prestado sobre esta cruz bendita, tómala Aurora mía y llévala todos los días de tu vida sobre tu pecho.

Lo que pasaba entonces en aquellos dos corazones no es para ser descrito porque hay á veces emociones tan tiernas que se profanan solo en querer describirlas.

(Seguirá.)

Catalina Real

Cívicas

Día 1.º des passat Juriol prengueran possessori es nous regidós elegits á ses últimes eleccions.

En dit acte tengué lloch també s'elecció d'Alcalde, Tinents y Síndichs cuyos càrrechs varen-se elegits tots per vuit vots y tres papeletes en blanch es senyos sigüents:

Per Alcalde: D. Joseph Ramis Costa; per 1.º Tinent, D. Antoni Frau Munar; per 2.º Tinent, D. Rafel Martorell; per 1.º Síndich D. Teodoro Servera, y per 2.º D. P. Juan Mestre.

De ses eleccions verificadas á Llorito día ro de Juriol per nombrá sa Junta Administrativa de sa Comuna sortiren elegits es sigüents senyos:

Bartomeu Gomila Picornell, president; Miquel Llabrés Nicolau, Juan Nicolau Muná, Miquel Picornell Jaume y Llorens Munar Camps, vocals.

Sa festa que tots els anys dedica sa Congregació Mariana de Sineu á n'es seu Patró St. Lluís Gonzaga, ha resultada enguany molt lluida.

Sa plassetta de San Francisco tota iluminada ab farols y linternes y adornada de murta y banderetes, á s'hora de sa sortida de completes es vespre anterió á sa festa presentava un aspecte animadíssim. Día 25 á les vuyt hi hagué á l'Iglesia de S. Francisco misa y comunió per tots es Congregants y á las nou y mitja tercia y ofici major en el cual se cantá per sa Capella de sa Congregació sa misa de Goicoechea y predicá el reverent D. Antoni Llabrés.

A sa «Tarde Literari» del decapvespre se passaren unes cuantes hores agradables, apesá de sa mitja doczena escassa de crítichs que volen fermós duptar de s'èxit obtengut.

Convendria estodiá s'assunto per si qualcú pogués entendre que s'ha de fe tot lo possible per contentá á tot-hom especialment a-n'aquets crítichs d'ofici que ni si quiera per casualidad póden acertá.

Un Tipo, otra Vara y otro Alcalde

(Otra adaptación. — Fragmento)

Cruzado de brazos un *Tipo* arrogante contempla tranquilo su crimen atroz... su *Vara* partida, anhelante ya muerta que dan á su rostro un aspecto feroz.

Mi *Vara* era, exclama; no importa, su falta así habrá pagado ¡maldita de Alá! con sangre se debe lavar la deshonra... con sangre aunque mía, lavada está ya.

Apenas habladas aquestas palabras *Alcalde* á su vista se le apareció, armaron sus diestras de corvos alfanges, reñido combate su furia empeñó.

Descárganse golpes con rabia iracunda y páran sus golpes que causan terror; si es fuerte el *Alcalde*, muy fiero es el *Tipo*, si amor guía al uno, guía al otro el furor.

Rompieron su alfange: blandió pronta *Alcalde* un agudo, luciente puñal; [mente del *Tipo* tan fiero la larga gümia se enreda en su traje... ¡retardo fatal!

Herido está el *Tipo*... vacila... sus ojos lucientes, el velo de muerte ofuscó, en vano su boca procura una frase, cayóse en el suelo dó inmóvil quedó.

Alcalde, anhelante corrió luego á *Vara*, un pomo de esencias sacó y le hizo oler, se abrieron sus ojos y un ¡ay! ofuscado que aún existía hiciéronle ver.

—Mi *Vara*.

—Mi *Alcalde*... me muero... mi *Ti*por Dios huye... huye... Te matará si [po... te ve aquí conmigo...

—No temas, mi *Vara*, pues yace tranquilo también junto á tí.

—¿Qué has hecho?

—Matarle.

—Ay, sálvate, mi *Alcalde*... mas antes .. me deja... que bese la cruz. . ¡Ay! gracias... *Alcalde*... dó estás... no te veo... me ahogo... me falta el aire... la luz ..

El clavo... dó pende... aquella armadura... aprieta... y secreto camino... abrirás... conduce á la *Salu*... ¡Adiós!... de tu *Vara* .. acuérdate... *Alcalde* .. No puedo.... hablar [más...

Desde Llorito

CAPÍTULO XLII. —De los concejos que dió D. Quijote á Sancho Panza, antes que fuese... Gobernador

En obsequio y regalo de D. Rafael Martorell por su nuevo y honroso cargo de segundo teniente de Alcalde.

«..... Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á recibir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mi sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás á la grandeza que en si encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto pues el corazón á creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento á este tu Catón, que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, oh hijo, has de temer á Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el más difícil conocimiento

que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme á mi que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó D. Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correr; y préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para que tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por si sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estés en tu insula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes te has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfacerás el cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien comentada.

Si trujeras á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el matón tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblases la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas sazones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible; casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.»

La mayor mayoría de Llorito.

El hipócrita, cuando llega á ser conocido, es despreciado de los buenos y de los malos: es una especie de hermafrodita despreciado de ambos sexos.